



[LITERATURA]

Un "ignorante" de derecha

Por Rosana López Rodríguez
Grupo de Investigación de la Literatura Popular - CEICS

"Creo que con Kirchner la cosa puede y va a cambiar. Le tengo mucha fe. Me gusta lo que hace. Lo admiro, lo respeto y lo apoyo. Es el mejor presidente que tuve. Nací en diciembre de 1975, asistí con apenas dos meses de vida al derrumbe del gobierno de Isabelita, pasé por los militares, por Alfonsín, por Menem, por De la Rúa. ¿Cómo no me voy a entusiasmar con Kirchner? (...) Sé que va a ser un proceso lento, pero me muero de ganas de ver qué pasa." (Juan Terranova, *El ignorante*)

El ignorante, de Juan Terranova (Ediciones Tanta-lia Crawl, 2004) consta de apenas 61 páginas, 44 dedicadas a una entrevista al autor. El resto es el poema que da título al libro. El autor plantea la existencia de tres generaciones de escritores: la de los revolucionarios de los '70, la de la restauración democrática y la suya.

La de los '70: Miguel Bonasso "es un imbécil"; Ricardo Piglia es "con sus lecturas tan bien hechas, un tipo muy nocivo"; "cuando hoy Pavlovsky habla de política me parece totalmente inútil, inservible y poco inteligente"; "Noé Jitrik, para mí, es un miserable"; David Viñas, "un tipo tan poderoso, tan importante y tan nocivo al mismo tiempo"; Beatriz Sarlo es "lamentable". En el poema aparecen los "viejos de mierda" que están en él y todavía no mueren: Juan Gelman ("con tu reputación intachable / y tus versos que todos alaban y nadie lee"); Rodolfo Walsh ("con tus odas al basural, / tu prosa inmaculada y tu peronismo oculto, / para venderte en Derechos Humanos."); Haroldo Conti ("aunque yo no sepa qué mierda escribiste ni quién mierda sos.") y de nuevo, Viñas, Piglia y Jitrik. Terranova los acusa de un oportunismo miserable: "Yo creo que la generación de los revolucionarios tuvo grandes exilios políticos, muy románticos, intelectuales que escapaban de la muerte, que eran perseguidos por sus ideas políticas. Recalaban en lugares como París y Barcelona, donde podían ser pobres, pero accedían a un capital simbólico impresionante, cuando no a importantes subsidios económicos. Tenían todos una excusa perfecta para vender sus biografías torturadas y sus producciones sobresalientes". Y en el poema repite la idea: "volvieron del exilio con las manos llenas, / informados, cultivados, / bañados en las aguas del Sena o del Ganges, / socialdemócratas, limpios, inspirados, / y sobre todo, soberbios y sabios". Pero la acusación es más fuerte aún: "Para la utopía fueron maestros, y pensaron en el mundo. / Para la traición fueron geniales, y marcaron a sus compañeros, / mujeres e hijos / desde los míticos y reales Ford Falcon verdes. / Lo peor del idealismo y lo peor del pragmatismo: / delación y revolución". Fueron dogmáticos e idealistas y se pagaron a sí mismos con su propia moneda.

Esta generación, dice Terranova, al mostrarles a los jóvenes los resultados de su propia destrucción, los llenaron de miedo, de impotencia. Por eso, la generación intermedia, siempre según Terranova, es una generación fallida, de ineptos, que nunca hizo nada más que acomodarse en los escasos espacios que los viejos le ofrecieron a regañadientes. Va de suyo que la "nueva generación" tiene bloqueado todo desarrollo. La figura que, según Terranova, representa el miedo y la culpa con que intentaron inmovilizar a su generación es la del desaparecido: "muchos jóvenes de los '90 [...] tuvieron que velar cadáveres que no conocieron. [...] Yo experimento mucho desprecio por la figura del desaparecido. Me parece que es una figura histórica muy nociva. [...] Nos los endilgaron. Y no es justo. Heredamos un país agujereado, con un nivel de desempleo y desmovilización altísimo, y encima, la culpa, el fantasma de los desaparecidos. Las abuelas de plaza de mayo, en ese sentido, me parecen algo fosilizado, inoperante, incluso malsano". No se trata de un exabrupto pasajero: en su novela anterior, *El bailarín de tango*, uno de los personajes expresa esta misma idea: "Yo me cago en los desaparecidos". En suma, la izquierda no es más que un conjunto de traidores.

El ignorante es un panfleto que, como tal, más allá de su calidad textual, deriva su valor del programa político que defiende. ¿Y cuál es su programa? El del arribismo académico por derecha al amparo de la renovación K. Veamos los dos primeros elementos, dando por testimoniada la filiación kirchnerista con la cita que encabeza este artículo.

El autor no distingue las diferentes filiaciones políticas de sus criticados padres intelectuales, caen

todos dentro de la misma bolsa: un militante del PRT (Conti), un maoísta (Piglia), un contornista (Viñas) o un montonero (Walsh). Este es un efecto de la ideología de la "generación": diluir programas diferentes en una culpa colectiva. Todos son iguales, todos merecen el mismo desprecio. Se reivindica así la ignorancia deliberada como instrumento de disputas mezquinas. Es así porque Terranova cree, junto con otros narradores "jóvenes", que el mundo ha nacido con ellos. Revela no sólo desprecio por la historia real, sino también un subjetivismo individualista políticamente reaccionario, el mundo como discurso: "Todo se construye con palabras, / porque no existen ni los hechos, ni los cuerpos ni las cosas". Si todo es virtual, entonces, todo es posible, cualquier cosa puede ser dicha impunemente y nada tendrá consecuencias. Nada puede hacerse tampoco. Idealismo posmoderno, en su variante más derechista: la supuesta crítica a la izquierda "por izquierda". Una crítica que no duda en caer bajo: Terranova acusa a los "setentistas" de usar la figura del desaparecido para generar temor e inmovilidad (como si ellos la hubieran creado, como si no la hubieran sufrido en carne propia), además de utilizar el exilio para consagrarse como intelectuales (como si se hubieran ido por su voluntad y no corridos por militares y

Triple A). Los setentistas, no fueron, entonces, combatientes por un mundo distinto, sino simples aprovechados que medraron a costa de los miedos que ellos mismos supieron sembrar y que triunfaron gracias a la delación y el colaboracionismo. O el autor de estos versos es un ignorante, sin ironía alguna, o es un fascista.

Por si algo le faltara, *El ignorante* rebosa de homofobia y misoginia: las mujeres son simples arribistas sexuales y los varones degenerados u homosexuales. El ambiente aburrido y sucio ("la mugre de los pisos") de la Facultad de Filosofía y Letras tiene los "baños llenos de inscripciones que invitan al coito homosexual". Los baños y sus inscripciones: sinédoque del ambiente *pervertido*. La "generación" frustrada está poblada "de viejos libidinosos" y "troskistas putos de mierda". ¿Qué motiva semejante ataque? ¿Algún problema internacional? ¿Nacional, al menos? ¿Del conjunto de la educación universitaria argentina, síquiera? No, todo el problema radica en que la "nueva" generación no tiene lugar en la academia porque los viejos "se quedaron con los diarios y las cátedras, / con los suplementos culturales y las revistas". Como hay varios miembros de su "generación" que sí lo han encontrado, todo se reduce a que el propio Terranova no tiene el lugar que cree

merecer. Lo que significa que toda esta cruzada macartista no tiene otra función que "ubicar" al joven K. Como un niño que cree que su ombligo es el centro del mundo, descarga su rabieta apelando a temas que merecen un tratamiento adulto. Un fascismo infantil que se coloca a la derecha de FAMUS, porque por lo menos la organización de "muertos por la subversión" tiene una lucha nacional que reivindicar, aunque sea contrarrevolucionaria.

El caso Terranova muestra el grado de descomposición política al que han llegado importantes sectores de la pequeña burguesía, que pasaron del "¡Que se vayan todos!" a Kirchner y Blumberg. Algunas de las críticas de *El ignorante* al mundo académico pueden ser compartidas. El problema es qué programa es el que critica: el de la derecha oportunista y fascistoide o el de la revolución proletaria. Este último busca rescatar y aprender de los errores y las virtudes de los compañeros que tuvieron el valor de luchar por la vida. Aunque se hayan equivocado, aunque muchos hayan negociado su situación y hoy prefieran olvidar esa lucha. Lo lamentable es que "literaturas" como la de Terranova sean levantadas como "promesas" de renovación artística. Esa es la literatura K, un espejo fiel de su política.

Bambi a la cacerola

Por Mara Soledad Lopez
Grupo de Investigación de la Literatura Popular - CEICS

Florencia Abbate, 27 años, profesora de Letras en la UBA, publicó este año *El grito* (Bs.As., Emecé), escrita a principios del 2002. Estructurada en cuatro partes, cada una corresponde a un personaje diferente cuyas vidas se entrecruzan, en algunos

tante de la facultad, radicaliza sus posturas contra la lucha con tal de dejarlo mal parado frente al taxista que los lleva de regreso. Se burla constantemente de su madre (Mabel) por su pasado revolucionario, proyecto revolucionario fracasado que sólo les deparó una muy mala infancia a él y a su hermano.

De todo este conjunto de personajes que muestran un presente descompuesto, sólo se salvan dos: Agustín y Clara. Agustín está loco y, no por casualidad, desarrolla una actividad ligada al arte. Clara, también artista, ha adquirido cierta conciencia, propia de quien ha estado en una situación límite: la cercanía de la muerte provocada por la leucemia. A diferencia del resto, Clara y Agustín pueden sentir que algo malo pasa: él es el primero en darse cuenta de las prácticas sadomasoquistas de su padre y ella es sensible ante el dolor del suyo por lo que está sucediendo en su pueblo natal (Tartagal). Pero uno está loco y la otra enferma. Por eso mismo, ninguno de los dos actúa sobre la realidad, sólo la observan: la escena final los encuentra en el balcón de la casa de Clara, mirando la calle, especie de familia nuclear *sui generis*, formada por estos sobrevivientes de experiencias traumáticas (los ataques de pánico, las fobias de él y la leucemia de ella) y un perro que, a modo de hijo, representa la conexión que ambos tienen con el arte. El nombre del perro es, significativamente, Warhol: el arte pop, las vanguardias, el arte por el arte, la observación distante de la realidad.

Los artistas son, entonces, los únicos capaces de ver la realidad, al mismo tiempo que están inhabilitados para modificarla: el mito del artista romántico hipersensible y sufriente que da cuenta de la descomposición de la sociedad argentina, pero no propone ninguna salida colectiva. Finalmente, para Abbate, el arte no sirve para nada. En el mejor de los casos, es un grito desgarrador, más bien una señal de impotencia, tal como aparece el homúnculo del famoso cuadro de Munch que da título a la novela. Leer la novela es casi tan desesperante como observar el cuadro expresionista. No sabemos por qué el sujeto deshumanizado del óleo ha llegado a esa situación, a ese grito sin sonido. Lo mismo sucede en la novela: desespera que no ocurra nada, que ningún personaje avance, que quizá sí intuyan que algo les pasa, pero que no hagan nada para modificarlo. La única recomposición parcial del caos parece una salida conservadora: una apelación a los valores familiares, a la reconstitución de esa familia que forman Clara, Agustín y Warhol. Una familia que, además, se recluye en su intimidad y observa desde las alturas.

La novela se plantea en clave de interpretación histórica, algo constatable en la entrevista que *Viva* le hace a Abbate: "Flor volvió de Canadá en noviembre de 2001. Un mes después estaba sin trabajo, encerrada en su casa, terminando una monografía sobre el Dante". Y la propia Abbate confiesa: "Federico es en parte una parodia de mí misma.

Durante aquel diciembre, mis amigas me llamaban y me decían: 'Flor, está todo pésimo, hay saqueos, vení a ver la tele'. Y yo: 'Bueno, no será para tanto...' De repente prendimos la tele en la casa de una amiga y en la pantalla la veo a mi madre, con una cacerola, frente a la casa de Cavallo. Me sentí una especie de hija neoconservadora (que no soy) diciendo: ¡¿Pero qué hace esta mujer ahí?! ¡¿La voy a tener que ir a sacar de la comisaría!'. El reportaje cierra del siguiente modo: "Pasó el cacerolazo a Cavallo, pasaron cinco presidentes y pasó diciembre. Durante los meses que siguieron, Abbate volvió a encerrarse en su casa, pero esta vez escribió *El grito*".

Esta asociación Abbate-Federico no es arbitraria. Ella "se había ido de la Argentina a mediados de 2001, con una beca, a pasar varios meses en un centro para artistas cerca de Vancouver, aislada en un paisaje irreal poblado de *bambis*. Abbate los fotografiaba y les enviaba las tiernas fotos por Internet a sus amigas. "¡¡Tarada! me contestaban-. Acá está todo mal, ¿no entendés!? Otros un poco más simpáticos decían: Flor, mirá, no vuelvas. Mejor fijate qué posibilidades tenés de quedarte en Canadá". La novela es para Abbate su camino desde Federico hacia Clara y la interpretación de la realidad argentina desde este último punto. Desde un punto de vista (al menos) pequeño burgués acomodado. *El grito* es, entonces, la expresión de sorpresa y vergüenza de los intelectuales más jóvenes y despolitizados de la pequeña burguesía acomodada, que crecieron en el mundo de fantasía primermundista de Menem, pleno de macartismo y de negación de la historia. Abbate, aun habiendo avanzado políticamente, no llega, sin embargo, a dar cuenta de lo que realmente ocurrió, sino de lo que le ocurrió a ella. Ha dejado de mirarse el ombligo, pero no comprende la realidad en la que vive.

Si tomáramos la peripecia de Abbate como metáfora de su propia clase o del conjunto de la sociedad argentina, no podríamos explicarnos lo que realmente pasó aquel 19/20 de diciembre. El cacerolazo del 19 es la forma que eligió la pequeña burguesía para oponerse a la implantación del estado de sitio, colocándose a favor de los "saqueadores" con los que De la Rúa intentaba atemorizarla. Así, al sentirse defraudada por su presidente, toma una actitud activa frente a la situación, se moviliza y logra sus objetivos: estado de sitio levantado, renuncia de Cavallo, renuncia de De la Rúa. No se limitó a mirar lo que estaba pasando. Es más, en los meses subsiguientes dio vida a uno de los experimentos políticos más interesantes de la historia argentina: las asambleas populares.

Tal vez por esto, por ser la expresión no del momento más avanzado de la conciencia de la clase a la que pertenece, sino por ubicarse detrás de ella, Abbate hubiera tenido pocos lectores en el 2002. Tal vez, por haber quedado demasiado por delante de una pequeña burguesía devenida "blumberista", siga teniendo hoy pocos lectores. Tal vez, de nuevo, por ser expresión de la intelectualidad a mitad de camino kirchnerista, se ha transformado en la escritora estrella del grupo *Clarín*.

¿Una literatura K? El discurso del gobierno apunta a la defensa de los pobres, a enfrentar al FMI, a oponerse al imperialismo, mientras se eleva rápidamente el número de militantes populares presos, se paga puntualmente la deuda externa y se envían tropas a Haití. Típico bonapartismo, la cultura K es su expresión fiel, reuniendo en derredor muy ilusos de izquierda y de derecha. En este caso, dos "jóvenes" escritores Florencia Abbate y Juan Terranova (ver crítica general en *El Aromo* n° 14).

casos, por casualidad: Federico, que acaba de cumplir treinta años; Horacio, ex guerrillero que vuelve a su casa y la encuentra vaciada por su ex mujer; Peter, esclavo masoquista de Oscar, padre de Federico y Agustín; Clara, ex amante de Horacio, artista plástica que se recupera de una leucemia y conoce por azar a Agustín, documentalista. Denominador común: ninguno sabe demasiado de su realidad como para cambiarla, aunque no parecen estar cómodos en ella. Ronda el fantasma del Argentinazo, cuyo desarrollo opera como telón de fondo. Federico es el personaje más patético y reaccionario de los cuatro. Joven pequeño burgués que el 20 sale de su casa para entrenar en el gimnasio, no entiende lo que está ocurriendo en la calle y cuando se encuentra con Diego, un ex compañero mili-